

Ordenación Sacerdotal en la Arquidiócesis de Lima (07-12-23)

Homilía de Monseñor Carlos Castillo
(Transcripción)

Hermanos obispos presentes; queridos hermanos sacerdotes de las distintas parroquias y comunidades; querido Pueblo de Dios reunido a través de las comunidades donde han estado y de donde son de origen nuestros diáconos; queridos diáconos que hoy día entregan su vida a la Iglesia definitivamente:

Cuando ordenamos a alguien, igual que cuando bautizamos a alguien, o cuando se casa a alguien, o cuando celebramos la misa, o inclusive cuando ungimos a alguien, la Iglesia, gracias a la profundización que hizo de la liturgia del Concilio Vaticano II, dice que esos sacramentos sólo se pueden dar *in celebrazione*, es decir, que no pueden darse sin la comunidad celebrando. No son píldoras para curar una enfermedad solamente (algo de enfermedad tenemos, algo de eso también hacen los sacramentos), pero lo más importante es que cada sacramento - y hoy día el orden también que van a recibir - es parte de este útero materno que es la Iglesia.

Y por eso, siempre que asumimos y vivimos la experiencia sacramental, vivimos la Iglesia que es el Sacramento de Cristo. Y, por lo tanto, emergemos a la vida similar a cuando hemos sido engendrados y nacemos. Por eso los sacramentos son parte del proceso de la vida de las personas y de la Iglesia. Y, por eso, entonces, los ritos que hacemos no son ritos vacíos, son parte del proceso fecundo de una Iglesia fecunda y no estéril. Los

sacramentos repartidos como si fuera, como dice hoy día el texto de la Carta de San Pedro, como si fuera una especie de ganancia o negocio, “no por sórdida ganancia, sino generosidad”, que significa generar vida.

Y, por lo tanto, el camino de la salvación, hermanos y hermanas, es un camino fecundo de generar vida en las personas, irradiar la vida de Dios en medio de la vida humana, en el corazón de la vida humana y sin separarse de la vida humana. Y ustedes mismos que han crecido en esta Iglesia asumen el aspecto de la responsabilidad misionera, presbiteral, sacerdotal, que es parte de ese crecimiento de una comunidad que, si es comunidad fecunda, tiene también no solamente hijos, sino también padres que van a acompañar el proceso de ellos.

Y estamos alegres por eso, porque no pertenecemos a una Iglesia estéril, a una Iglesia que “produce” salvación, sino que genera al interior de la vida humana la salvación de Dios, y que, por lo tanto, tiene en cuenta profundamente la vida humana. Y esto es muy importante para nosotros hoy día porque vivimos un mundo que lo único que hace es producir para la ganancia, y tenemos que ayudar a convertir al mundo y a la humanidad según la que Dios creó, que es una humanidad no estéril, sino fecunda; una comunidad que está llamada a amarse, a unirse, a poder generar vida en los demás, sentido y esperanza. Y por eso es que la Iglesia no se separa en su misión, de la vida humana, sino que entra en lo profundo de ella.

Y esto, hoy día, hermanos y hermanas, es importantísimo porque con esto de que el mundo tiene muchos males y con esto de que nosotros somos los “buenos”, se ha inventado que “somos los puros” y que, por lo tanto, no tenemos que meternos con la gente porque cuanto más

nos metemos más nos “ensuciamos”. Y por eso, entonces, para ser cristiano hay que ser puro, y para ser puro hay que salirse de la gente. Hay que ser algo así como los que desprecian todo lo que es manchado, porque lo manchado no va con nosotros que somos los “puros”.

Santo Toribio, que era jurista y que era canonista, pero también era jurista civil, entendió perfectamente, ya en la colonia, que la misión que él tenía como obispo de Lima era venir a **sumergirse** con los problemas de sus ovejas, y las conoció poco a poco desde el día en que llegó a Paita y se vino a pie. Fue a conocer cada una de sus ovejas que, además, estaban dispersas porque de diez millones de pobladores que tuvo, indígenas, esta geografía en la que vivimos, todo se disminuyó a 800 mil. Evidentemente, no sólo fue por los maltratos, sino también por las enfermedades. Un resfrío mataba a cualquiera de los hermanos aborígenes.

Pero, justamente, porque habían disminuido, Toribio tenía que conocer a los pocos que quedaban y estaban dispersos por todo el país. Y dedicó todos los años de su pontificado, que fueron alrededor de 25 años, a caminar con la gente. Esa es la razón, queridos seminaristas y queridos diáconos, por la cual los he enviado a que vayan a sumergirse en los pueblos de nuestro país.

Dieguito me decía: “¿Qué le he hecho yo para que me mande allá?”. Así pensaba él antes (risas). Y después que los ha conocido a ustedes, allí en Chorrillos, ahora me dijo: “No sabe la gracia que ha sido el que me ha enviado allá. Mil gracias, Monseñor”. (aplausos)

Manuelito, que es más dócil, él aceptó así nomás y lo mandé al Cerro San Cristóbal, donde he tenido una

experiencia linda con Bruno, con Tomás y con Martín. Y han hecho de ese pueblo del cerro, de nuestro primer cerro de la ciudad, una fiesta de esperanza porque habían estado muchos años sin sacerdote. El último sacerdote había sido el padre Muro, y después vinieron las monjitas que se dedicaban a hacer muchas cosas aquí y allá muy bien, pero no tenían Misa. Iba de aquí alguno que por aquí venía y que iba para allá (creo que padre Martín Arenas me parece y algún otro). Pero el que hayan estado ahí los cuatro y tú, como diácono, tú mismo me lo has dicho, has aprendido muchísimo de ellos.

Y han aprendido una cosa que también ellos lo dicen, lo dice Bruno y, sobre todo, lo dice Martín: “Nos costaba salir de ciertos esquemas para poder hacer algo que respondiera a las necesidades de la gente”. Y esto es porque, a veces, no es culpa del seminario, es culpa de la formación tradicional que llevamos en la Iglesia que forma esquemas parametrados y el sacerdote no puede dar pasitos. Eso de que somos “puros”, por ejemplo, lo tenemos muy arraigado. También ocurría en la época de Jesús, cuando los discípulos querían ser como los sacerdotes que no tocaban a la gente. Ustedes toquen a la gente, pero no demasiado, sino lo suficiente para expresar el amor de Dios como Jesús sabía tocar.

Y como eran desafiados ellos por la realidad del Cerro San Cristóbal - me decía Martín - tuvieron que romper esquemas y aventarse a romper los esquemas de una formación que tiene mucho de anticuado, pero que, sobre todo, más que anticuado, es una cosa, una tendencia en la Iglesia a insistir en que la pureza es lo principal.

Jesús que era puro, se bautizó en la cola de los pecadores. Lo de ser puro no significa lavarse con detergente, con

alcohol y desinfectante. La pureza no es una esterilización de la persona, la pureza es la de la Inmaculada que, como dijo Juan Pablo II, es la llena de gracia. Lo que pasa es que la nombramos con Inmaculada porque no tuvo mancha, pero lo más importante es que era graciada. Abundante de gracia significa que es amada y amaba, y hoy día las lecturas nos dice eso, que sin el amor no hay nada. Y el amor viene del Padre, que nos hace hijos y nos hace hermanos.

Y la gracia es, justamente, la fluidez del amor gratuito que genera vida, y que, por tanto, se mezcla. Es la espiritualidad del mezclarse, del aprender de la experiencia de la vida. Y ustedes, los veo muy sabios últimamente, saben mucho de la vida.

Y, por último, está el “requenano”. Hoy ha venido la comunidad de Requena, está al fondo. Un aplauso para los requenanos que están ahí, recién han llegado...

El rector me había dicho: “Necesita un poco más de disciplina, porque es un poco alocado”. Y es verdad, es un poquito alocado porque es poeta (risas). Pero ha tenido la maravilla de tener una mamá que cocina extraordinariamente bien y que le enseñó este arte culinario. Y también es artista en muchas cosas, y además tuvo la suerte de tener un contacto directo con los artistas de la Universidad Católica durante tantos años, del señor Benito, sobre todo.

Y, entonces, claro, es difícil que pueda caber todo eso en nuestras fórmulas, pero el Espíritu de Dios puede más y tiene que ser un cura poeta, un cura culinario. Y, por eso, cada uno tiene un carisma propio y todo está en función de la misión y del insertarse con lo que uno vale para ponerlo

al servicio de la gente y crecer con ellos. Ésa es la Iglesia de Santo Toribio y, por eso, nosotros estamos contentos y alegres porque es una Iglesia normal, de gente normal, no de marcianos, ni de extraterrestres, sino de personas que aterrizan y viven los problemas de todos porque somos pecadores en conversión y el Señor, poquito a poco, nos va sacando el pecado a través del amor, no a través de la “ñapancha” (detergente).

Eso, hoy día, es fundamental para la Iglesia en el mundo porque tenemos un mundo con demasiados problemas como para que, quien es parte de la Iglesia, no se los compre, no decida, no se meta. Y es que quien fundó esta Iglesia y a quien imitó Santo Toribio es a Jesús, que pasó haciendo el bien, mezclándose con la gente, oliendo como la gente, sintiendo como la gente, apreciando a la gente y sabiendo que venía en su misión muy claramente de parte de Dios, viendo lo interesante de la gente para poder alentarla y para poder educarla desde ella, no fuera de ella, apreciando sus cosas lindas. Y eso es lo que han aprendido ustedes en este año.

Yo estoy sumamente contento porque ahora tenemos que aprender todo el camino de la vida así, con la espiritualidad del cura diocesano y misionero que todos los días tiene que inventar cómo vivir la fe. Y para eso el Papa ha dicho una fórmula linda, nos recuerda que cuando tengamos discusiones de verdades de fe, le preguntemos al Magisterio y leamos el catecismo; pero cuando tengamos discusiones de cómo vivir la fe, preguntémosle al pueblo, a la abuelita, a la tía, al pueblo sencillo, a los que saben cocinar, barrer y lavar, porque cómo vivir la fe es distinto a qué es la verdad de la fe.

Y, por eso, lo más importante de nosotros es aprender a sintonizar con el Espíritu Santo que vive en el mundo. *Amó tanto Dios al mundo que le dio a su Hijo*, no despreció al mundo, no le dijo: “chusma, chusma, tú eres mundo y te vamos a condenar”. El Señor fue luz para el mundo, luz de servicio al mundo en sus cosas buenas. Y como dijo el Papa Juan Pablo II también a los jóvenes: “Destruyan el mal con un océano de bien”. Esas fueron sus últimas palabras en el Perú en la segunda venida de Santo Padre.

Hoy día Francisco nos dice lo mismo, que tengamos olor a oveja, a olor de pueblo sencillo. Inspirémonos en todo el Espíritu que nos habla por medio de Él; aprendamos a recoger todas las cosas que la gente dice, las personas dicen y, de repente, esa es una manera de interpretar el Evangelio mediante algo nuevo. Y ahí, entonces, recogemos los rastros del Espíritu y, como presbíteros, nos unimos a la gran tradición.

Ya están usando lentes algunos, es decir, tenemos “presbicia”. Y presbítero significa “los viejos”. Es verdad que ustedes están jovencitos, pero ser presbítero significa que los mayores tienen más experiencia de fe, más años con Jesús, más años de experiencia de vida, y guían la comunidad recogiendo toda la experiencia de la gente. Y cuanto más experiencia acumulan, más sabios son y más ayudan a la gente.

Una de las cosas que necesitamos es curas sabios, curas que conocen las cosas, los vericuetos de los problemas, que estudian la realidad, que recogen los rastros del Espíritu y los rastros de la fecundidad de la humanidad, que está inspirada por el Espíritu Santo porque es el pueblo santo de Dios. No le llama pueblo nomás el Señor, sino pueblo santo de Dios, el Papa Francisco lo repite.

Que este camino que van a seguir en adelante, muchachos, sea de esperanza viva, sea generativo, sea fecundo, y que la espiritualidad que vivan sea en concordancia con la experiencia profunda de sumergimiento. Ni los curas, ni los obispos, ni los papas, subimos, nosotros somos pastores porque bajamos a servir.

Que Dios los bendiga, muchachos, y que el Espíritu los ilumine en todo el camino precioso que van a hacer. Se los dice alguien que, por lo menos, ha recibido muchos dones, más de lo que ha dado. Que esto sea también la experiencia de su vida, y mil gracias por su entrega generosa, y gracias a los papás, a las comunidades que los han acompañado y, sobre todo, a las familias que los han dado con toda generosidad para el bien de la humanidad y del Perú.

Amén